

# La Dimensión Europea Y Universal De España

(Poznan, 4 de abril de 2019)

## I) Saludo

Me complace compartir esta tarde con ustedes en el Centro Regional para el Debate internacional de Poznan. He venido a sugerencia de un paisano de ustedes, el Viceministro de Asuntos Exteriores Szymon Szinkowski vel Sek, a hablarles de España. Me agrada comprobar que España despierta gran interés en Polonia. No es para menos. Se trata de un país que ha dejado huellas imborrables en la historia de la humanidad. Europea por geografía y raíces, americana por expansión, universal por vocación, España tuvo y retiene un cartel atrayente y que a pocos deja indiferente: un país con personalidad, poliédrico, multiforme, de extensa envergadura, hipnótico, cuando se le mira con fijeza a los ojos, contradictorio, lleno de contrastes, de luces y de sombras.

Hablemos pues de España. Con su venia.

## II) Preludio histórico: las múltiples raíces de España y el salto al orbe entero.

España hunde sus raíces en la Edad Antigua. Los celtas, los iberos, la enigmática Tartessos del no menos enigmático y aun mítico Argantonio, vascos, caristios, várdulos, cántabros, autrigones y berones –entre otros– están entre sus primeros habitantes. Fenicios, griegos y cartagineses, emparentados éstos con los primeros, se asentaron y poblaron algunos enclaves y áreas levantinas y meridionales de la península, fundaron ciudades y cultivaron el comercio. Los encuentros ora pacíficos, ora belicosos entre estos pueblos comenzaron a dar un sabor especial a ese guiso variopinto que con el paso de pocos siglos vino a devenir en España.

El contorno peninsular contribuyó decisivamente a la pronta singularización, al bautismo y a la nombradía de España. Fueron los romanos quienes acuñaron el nombre de Hispania, que prevaleció sobre el

de Iberia, quedando éste para la denominación de la península. Los romanos hicieron por Hispania mucho más que nombrarla, la romanizaron con todo lo que ello significa en todos los órdenes de la vida, la hicieron propia, la elevaron al rango de provincia, la vertebraron y la dotaron de un sustrato jurídico y de organización administrativa. Los hispano-romanos correspondieron a tantas atenciones aportando su brillo a la Roma imperial. Séneca, Marcial, Lucano, Quintiliano, en el mundo del pensamiento y de las letras; los emperadores Trajano y Adriano en el arte del gobierno, donde figuran por méritos indiscutibles entre los más distinguidos y destacados entre sus pares, forman un ramillete imponente de nombres.

La Hispania romana con sus subdivisiones Tarraconense, Bética, Lusitania y las posteriores Gallaecia, Cartaginense, Baleárica e incluso la africana Mauritania Tingitana mutó de manera natural en diócesis de la Cristiandad cuando colapsó el Imperio Romano de Occidente y los “bárbaros” ocuparon su carcasa. La levadura hispano-romana fue fermentada por los visigodos en una fusión progresiva que tuvo su momento crucial en el III Concilio de Toledo (589), cuando el reino, con Recaredo a la cabeza, abandonó oficialmente el arrianismo y abrazó el catolicismo sellando así la unidad religiosa de España en torno a una fe que constituye una de las savias distintivas de su ser histórico nacional.

Al socaire de las guerras crónicas intestinas entre familias visigodas se produjo en 711 la invasión árabe que cambió la faz de la península. Córdoba, capital emiratí y califal desde el siglo X, se convirtió de la mano de los Omeyyas salidos de Damasco en una cosmópolis aristotélica que irradió pensamiento, arte y literatura. El collar de la paloma de Ibn Hazm es poesía árabe, bética y andalusí, esto es, española. Entre 711 y 1492 la España cristiana, heredera de Roma y del reino visigodo, avanzó de manera paulatina hacia el mediodía desde su repliegue inicial al abrigo de la cordillera cantábrica. Desde su principio ese designio combinó el factor religioso con un sentimiento proto-nacional que bebía en fuentes visigodas y romanas. Lo dieron en llamar la “recuperación” de España. Los incipientes reinos septentrionales –Asturias, León, Castilla, Navarra, Aragón- se fueron expandiendo hacia el sur hasta dominar a finales del

siglo XI la mitad norte peninsular. La Córdoba califal hubo de ceder por su parte al empuje centrífugo de las taifas y la presencia musulmana en suelo hispano tuvo que ser reforzada con las penetraciones de almorávides y almohades, bereberes venidos del norte de Africa. La batalla de Las Navas de Tolosa (1212), librada por la gran coalición de los reinos cristianos de Castilla, Navarra, Aragón y Portugal, situó la divisoria en la Sierra Morena, el balcón de Andalucía. Pero no fue hasta 1492 cuando el ya disminuido reino nazarí rindió sus últimas plazas y su capital Granada a la recién estrenada Corona de España surgida del matrimonio entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

En los 18 años que median entre 1492 y 1520, la España unida bajo una misma Corona vivió una expansión fulgurante. Vio completada su restauración peninsular coexistiendo con el reino de Portugal, lanzó sus naves al descubrimiento de América, una empresa de conquista, evangelización y organización administrativa y asumió en la persona de su rey Carlos la responsabilidad del Sacro Imperio Romano Germánico en tiempos de la fractura de la Cristiandad por la reforma protestante. No hay explicación demográfica para aquel “milagro” hegemónico de España en Europa y en América que se prolongó hasta mediados del siglo XVII bajo el nombre de “Monarquía Católica”. “Dios es español” se decía sobre el desempeño de los tercios de Flandes en Italia, Francia, Alemania y los Países Bajos. Aquella expansión con su acendrada raigambre religiosa contrarreformista no tardó en granjearse adversarios.

En la España de Felipe II (1556-1598) no se ponía el sol, pues abarcaba desde California y Tierra de Fuego hasta las Filipinas. Los españoles no sólo exploraron y conquistaron. Llevaron su fe y sus conocimientos a los lugares que descubrieron. Civilizaron. Lo que ahora no nos cansamos en llamar globalización tuvo en el gozne entre los siglos XV y XVI un precedente épico protagonizado por aquellos españoles.

La Corona hispánica, a la sazón Monarquía católica, abarcó un conjunto de territorios que incluían:

-en España, las Coronas de Castilla y Aragón y Navarra desde 1512 y Portugal desde 1580 hasta 1640.

-en Europa, por la herencia del Emperador Carlos V, Borgoña, el Franco-Condado, los Países Bajos y el Milanesado y Sicilia, Nápoles y Cerdeña vinculados desde la Baja Edad Media a Aragón.

-en América, todo el continente conocido que en España se dio en llamar las Indias.

-en el resto del mundo, las Filipinas y las Indias orientales.

La España de hoy no puede renegar de aquellas gestas que, como toda obra gigantesca, la desbordan. Ni siquiera es merecedora de algunas críticas acibaradas que se vierten recurrentemente sobre ella, la mayoría de ellas sin ningún fundamento, porque los españoles de hoy no están, por lo general, en condiciones de asumir tamaña grandeza, alejados como estamos, por lo general, del espíritu que la inspiró. Las excepciones confirman la regla y reconfortan.

III) La enojosa leyenda negra: el ogro español

En 1913 un semanario ilustrado decidió premiar la mejor obra de denuncia de los detractores de España. Ganó un funcionario del Ministerio de Estado –nuestro actual Ministerio de Asuntos Exteriores-, intérprete y políglota (con la friolera de 16 idiomas en su zurrón), Julián Juderías con un trabajo intitulado “La leyenda negra y la verdad histórica” que en una edición posterior se comprimió en “La leyenda negra”. El propio Juderías explicó así su objeto:

*“Por leyenda negra entendemos el ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra patria han visto la luz pública en casi todos los países; las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y como colectividad; la negación o por lo menos la ignorancia sistemática de cuanto nos es favorable y honroso en las diversas manifestaciones de la cultura y el arte; las acusaciones que en todo tiempo se han lanzado contra España, fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad...”*

(Y algunos creerán que eso que llamamos “fake-news” es un invento de hoy o de Goebbels, Lenin y Stalin). Mas retomemos el hilo. Ciertos

coetáneos de Juderías como el historiador Rafael Altamira (1866-1951) o el escritor Juan Valera (1824-1905) incidieron en la misma cuestión incluso antes que Juderías. Lo cuenta muy bien el historiador e hispanista francés Joseph Pérez en un ensayo del mismo título, “La leyenda negra”, ilustrado en la portada de su edición española con un retrato de Felipe II por Pantoja de la Cruz.

El afán de estos ilustres combatientes de libelos contra España es uno y el mismo: rebatir el “pésimo concepto” que se han formado de España “los extranjeros” más que por ignorancia, por insidiosa mala fe. Es común en ellos el lamento por, y cito palabras de Valera, “el olvido en que nosotros mismos –los españoles- ponemos nuestras cosas” con un “empequeñecimiento de nuestro pasado” que trae causa del escaso aprecio que nos tenemos por nosotros mismos. “En cualquier objeto que vale poco o se cree valer poco en lo presente se inclina la mente humana a rebajar también el concepto de lo que fue” (J. Valera).

Mala fe, prejuicios, desprecio, ignorancia y desidia son fautores de una “leyenda negra” que -habrán reparado en la sutil y acertada definición de Juderías- resulta en un “ambiente” creado para demoler una reputación. En sus versiones más acabadas, esa narrativa niega sin concesiones las contribuciones que España haya podido aportar a la humanidad, magnifica los errores, carga las tintas en los relatos de los excesos y exagera rasgos de un pretendido carácter nacional hasta convertirlos en repulsivos para presentar a España como –y cito a Juderías- “inquisitorial, ignorante, fanática, incapaz de figurar entre los pueblos cultos lo mismo ahora que antes, dispuesta siempre a las represiones violentas, enemiga del progreso y de las innovaciones”. Se edifica así “la leyenda que habiendo empezado a difundirse en el siglo XVI, a raíz de la Reforma, no ha dejado de utilizarse en contra nuestra desde entonces, especialmente en momentos críticos de nuestra vida nacional” (Joseph Pérez apunta como preludeo de la leyenda negra la expansión de la Corona de Aragón por el Mediterráneo a partir del siglo XIII con el episodio de la matanza de los franceses de Anjou en las vísperas sicilianas de 1282 que Giuseppe Verdi llevó a escena con su maestría y eficacia en la ópera del mismo nombre).

La propaganda antiespañola decreció con el empequeñecimiento de la Monarquía española en tamaño e influencia. Dio, con todo, munición a los separatismos patrios, vasco y catalán, que alimentaron sus pretendidos hechos diferenciales racistas, idiomáticos e identitarios en el alipori que produce el relato chamuscado de esa historia de España a la brasa que tanto esfuerzo cuesta combatir. Tántalo nos mira con ternura.

IV) El esnobismo anglosajón sobre el papel de España en la historia (hispanistas aparte)

Un diplomático español, Luis Francisco Martínez Montes, acaba de publicar un libro muy sugerente bajo el título “España, una historia global”. Su planteamiento es el de un polemista que reconviene la omisión deliberada de España por el historiador del arte, humanista y publicista británico, Kenneth Clark (1903-1983) en una renombrada serie de televisión producida por la BBC en 1969 titulada “Civilización”.

Dice el autor que “la versión de la historia de la civilización ofrecida por Clark encubría una soberbia campaña de propaganda. En esencia, su contenido puede ser resumido en tres o cuatro ideas motrices. La primera es que la civilización es una invención del hombre europeo occidental, pues las mujeres apenas hacen acto de aparición y el resto del mundo puede ser ignorado. La segunda, es que la civilización consiste en la expansión y perfección de los productos de la razón y de la imaginación, un logro tan sólo al alcance de una minoría de individuos privilegiados. En tercer lugar, para que la civilización persista es necesario que sus frutos, pese a ser la obra de unos pocos, sean compartidos por una amplia capa de la sociedad con el fin de evitar la alienación de las masas y su cooptación por proyectos revolucionarios o anárquicos. Finalmente, Clark estaba convencido de que la civilización occidental, para él la única digna de ser considerada como tal, era un recipiente frágil, vulnerable a los ataques de los bárbaros tanto en el interior como de aquellos apostados en sus fronteras, sobre todo en las orientales, envueltos en banderas adornadas con la hoz y el martillo.”

Añade Luis Martínez Montes que si asumimos que el concepto de civilización “está confinado a la Europa occidental y que dentro de esos

estrechos límites se trata de una noción relacionada con aquellas contribuciones que han ampliado el intelecto y el espíritu, no cabe imaginar mayores aportaciones a tan alto ideal que las realizadas por España en las eras de la convivencia y de los descubrimientos, o las llevadas a cabo por una larga lista de nombre que podría comenzar con el de San Isidoro, el gran enciclopedista medieval, y culminar con Picasso, cuyo genio creativo sin límites condensó y, al tiempo, superó las herencias artísticas hispánica y occidental”.

San Isidoro, Recaredo, Córdoba (ni tan lejana, ni tan sola), Averroes, Maimónides, Alfonso X el Sabio y la Escuela de Traductores de Toledo, Isable y Fernando, Colón y los que vinieron después, Carlos V y Felipe II, Cervantes, Lope, Góngora, Calderón, Quevedo, El Greco, Francisco de Vitoria, Luis Tomás de Victoria, Velázquez, Murillo, Zurbarán, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, Juan Luis Vives, Servet, los jesuitas y sus aportaciones al Concilio de Trento...si ninguno de estos nombres y tantos otros más han contado en la historia europea y universal, que Dios nos lo demande, pues la culpa será de nuestra ignorancia o de nuestra soberbia.

Cierto es que la España de los siglos XVIII y XIX tuvo contadas cimas intelectuales y artísticas: el Padre Feijóo, Jovellanos, el Padre Soler, Juan Crisóstomo de Arriaga, Larra y, muy por encima de todos, Goya. El año 1700, además de un cambio dinástico, marca un antes y un después en las aportaciones de España a la civilización con un descenso brusco de éstas. El siglo de las Luces trajo la modernización a una España anquilosada y exánime, pero nada volvió a brillar como en el “siglo de oro” de nuestras artes y nuestras letras.

El declive cultural se frenó bruscamente a finales del XIX en coincidencia con el desastre de 1898 y la pérdida de Cuba y Filipinas tras una guerra con EEUU. Surgió entonces en España una generación que ascendió al Parnaso: Unamuno, Valle-Inclán, Machado, Baroja, Azorín, periféricos de cuna, se enamoran de Castilla, la España nuclear, esencial, silente y postergada que representa en su paisaje los valores de aquella España que llegó a ser y dejó de ser, la que dejó huellas imborrables en la historia de la humanidad e hizo mutis por el foro.

Esa generación da impulso a una nueva época de esplendor de la cultura española. España da al mundo en el siglo XX nombres de dimensión universal: Ortega y Gasset, García Lorca, Picasso, Juan Gris, Miró, Dalí, Juan Ramón, Falla, Albéniz, Granados, Rodrigo...la ola del primer tercio no pudo detenerla ni la guerra civil. El franquismo no fue ni de lejos un páramo cultural. En aquella España escribieron Cela, Delibes, Sánchez Ferlosio, Aleixandre, Gerardo Diego, José Hierro, Buero Vallejo, Mihura, Jardiel y aún Baroja y Azorín; pensaron y enseñaron Ortega, Zubiri, Marías, Laín y Aranguren; tallaron la piedra y el hierro Chillida, Chirino y Oteiza; pintaron Dalí, Miró, Millares o Tapies; hicieron cine Berlanga y Saura.

Los nombres del exilio, rabiosamente españoles, no son menos eminentes: Alberti, Salinas, Cernuda, Sánchez Albornoz, en las letras; Buñuel, en el cine, y sobre todos, Picasso, cuya afiliación comunista nunca se molestó en revisar frente a su constante inquietud artística de vanguardia.

V) El ahora de España: pincelada catalana

España tiene un historial de angustia existencial endógena. Vivimos desde 1808 en un estado agónico recurrente. Este 28 de abril hay elecciones parlamentarias en España. La cita electoral tiene algo de eso. Los temas principales de la campaña son la cuestión territorial, el Estado de Derecho constitucional, la economía, el “Kulturkampf” y la política migratoria. Nos jugamos mucho. Con cinco fuerzas políticas con posibilidades dirimientes se ha puesto difícil formar gobierno.

El principal asunto, al entender de muchos, es la cuestión territorial que está intrínsecamente ligada a la supervivencia del Estado de Derecho en España y en la Unión Europea. Me explico.

La Constitución de 1978 introdujo en España el “Estado de las Autonomías”. Las 17 CCAA –y Ceuta Melilla- tienen muy amplias competencias. La educación y la sanidad, por ejemplo, han caído en su ámbito. En el caso de Cataluña y el País Vasco, también la policía. Los gobiernos regionales tienen canales de televisión y emisoras de radio públicas.



En Cataluña gobiernan los nacionalistas desde 1980. La escuela pública forma en el espíritu nacionalista desde esos orígenes. Las televisiones y radios de aquella administración hacen lo propio. Los nacionalistas no pueden dejar de pedalear hacia la meta de la independencia. En Cataluña atesoraron confianza en sus fuerzas en la década de los 90 y plantearon nuevos horizontes de autogobierno entrado el siglo XXI, cuando el nacionalismo de derechas fue reemplazado por una coalición nacionalista de izquierdas en el gobierno autonómico. Al independentista le produce repelús lo español. La contrariedad de formar parte de España se sustenta en un sentimiento de superioridad no siempre bien disimulado, que es el que les impele hacia la “desconexión”. Lo cierto es que se les ha dejado hacer por desidia, por el prurito de evitar males mayores o por miedo.

Los acontecimientos de septiembre y octubre de 2017 llevaron la situación a tal límite que no hubo más remedio que intervenir en defensa de la Constitución. No sólo estaba en riesgo la integridad territorial de España, sino la propia democracia española. Aquel golpe al Estado con trazas de rebelión por el que están siendo ahora juzgados algunos de sus responsables fue la consecuencia lógica de tantas “conquistas” de unos y renunciadas de los otros.

España es, con todo, resiliente. Lo son también los millones de catalanes que abominan de la independencia. El Estado funciona en España y los españoles se resisten a una amputación caprichosa e injusta. Los independentistas pretenden convencernos contra la historia, contra el Derecho y contra la razón democrática de que los nacidos o residentes en un territorio determinado tienen un mejor derecho sobre el mismo que el resto de sus compatriotas y que, en consecuencia, las decisiones al respecto les competen en ellos en exclusiva. El programa nacionalista es un programa de extranjerización progresiva de todos cuantos no lo son. A quienes se resisten los someten a incomodidades crecientes mediante todo tipo de hostilidades, incluso el acoso violento, para que desistan y callen o huyan. 200.000 personas abandonaron el País Vasco hacia otros lugares de España durante los años de plomo del terrorismo de ETA. Más de 4.000 empresas han salido de Cataluña hacia otros lugares de España

desde octubre de 2017. Jueces, fiscales y funcionarios piden el traslado. Cuando el clima se vuelve irrespirable, la gente vota con los pies.

El desafío es grande, porque la desinformación juega en contra de la democracia española. Pero esa partida la vamos a jugar. España es un país pujante y dinámico, una democracia avanzada con áreas de sombra en Cataluña y el País Vasco donde imperan los adalides del nacionalismo identitario. La dicotomía entre patria común o parcelada lo es también entre ciudadanía plena o mutilada, entre libertades individuales y responsabilidades compartidas o sumisión y responsabilidad delegada en los rectores de la tribu. Lo ha escrito recientemente Fernando Savater con la clarividencia y claridad que le son propias: “Lo que está en juego no es quién va a gobernar, sino en quién reside la soberanía”.

VI) Final

Les agradezco su atención y espero haber contribuido a refrescar sus conocimientos sobre España.

No me resisto a terminar con un extracto del poema “España” de Jorge Luis Borges:

“España del bisonte donde Ulises descendió de la casa de Hades...España del íbero, del celta, del cartaginés y de Roma...de los duros visigodos de estirpe escandinava, España del Islam, de la cábala y de la Noche Oscura del Alma...de los inquisidores...de la larga aventura que descifró los mares de la otra guitarra, la desgarrada...de los patios...de la piedra piadosa de catedrales y santuarios, de la hombría de bien y de la caudalosa amistad, España del inútil coraje, podemos profesar otros amores, podemos olvidarte como olvidamos nuestro propio pasado, porque inseparablemente estás en nosotros, en los íntimos hábitos de la sangre, en los Acevedo y los Suárez de mi linaje, España, madre de ríos y de espadas y de multiplicadas generaciones, incesante y fatal...”

Madre de tantos. Muchas gracias.